

# Blanca Varela: El filo de la voz

## Apuntes sobre nuestra poeta mayor

La próxima aparición de tres libros dedicados a la poesía de Blanca Varela nos invitó a pensar este bloque especial dedicado a la que, sin duda, es la poeta peruana más importante. Las páginas que siguen —y que comienzan con este artículo—, además de dar cuenta de estas recientes —o inminentes— publicaciones, le rinden justo tributo.

→ por **Peter Elmore**



↑ "Un lenguaje vibrante, que interroga y conmueve" caracteriza su poesía, según razona Elmore en estas líneas.

ÓSCAR ROCA

**Lúcida e intensa**, incandescente y enigmática, la obra poética de Blanca Varela está entre las más altas y valiosas de la lírica hispanoamericana del siglo XX. Compañera de los poetas de la generación peruana del 50 y cómplice de los surrealistas en el París de la posguerra, Blanca Varela —y no solo por el hecho de ser mujer en medios mayoritariamente masculinos— no se confundió nunca entre los grupos de sus interlocutores y sus pares. Desde temprano, la vocación de su escritura se reveló radicalmente contemporánea y, al mismo tiempo, ajena a cualquier entusiasmo gregario.

El libro inaugural de Blanca Varela, *Ese puerto existe* (1959), lleva un prólogo consagratorio de Octavio Paz y, aunque es la primera entrega de la poeta, se trata ya de un libro maduro. El trabajo creativo de diez años, denso y decantado, se concentra en un volumen cuyo título es, según ilustra una anécdota bastante conocida, hijo de la amistad y el azar. Puerto Supe se iba a llamar el libro, pero Paz —que ignoraba la existencia de ese pueblo costero en el norte del Perú— opuso reparos, creyendo que se trataba de un nombre forzosamente simbólico. El título definitivo surgió cuando Blanca Varela le aclaró al poeta mexicano que ese lugar, en efecto, existía. Sitio de la imaginación y la experiencia, el ámbito del poemario tiene su origen en la geografía y la historia, pero la alquimia de la palabra lo transfigura hasta el punto de transformarlo en un territorio alucinado e íntimo. La voz poética no es, por lo demás, una emanación de la biografía. Así, el yo que habita los poemas de *Ese puerto existe* es masculino. Máscara y doble de la poeta, esa persona lírica declara tanto su arraigo en el litoral como su soledad: "Aquí en la costa tengo raíces,/manos imperfec-

tas,/ un lecho ardiente en donde lloro a solas", dicen los versos finales del texto que abre el libro. Planteada ya la situación existencial del hablante, *Ese puerto existe* se ofrece como un drama compuesto de soliloquios: a la vez delirante y ascético, el yo entrega fragmentos de su iniciación en el oficio y el misterio de la poesía. "Junto al pozo llegué,/ mi ojo pequeño y triste/ se hizo hondo, interior", se lee en "Fuente". Esa transformación de la subjetividad trasciende la rutina cotidiana, pero no la experiencia de lo real. De hecho, en la encrucijada de lo interno y lo exterior, en la brega por establecer el propio ser y estar en el mundo, es que se halla el centro de gravedad del poemario. "¿Asumir la realidad? Más bien: asunción de la realidad", escribió Octavio Paz, con perspicacia, a propósito de los poemas de *Ese puerto existe*. Sin duda, esa "asunción de la realidad" supone la actividad de una conciencia que, con insistente rigor, encara al mundo y se examina a sí misma. Uno de los efectos de esa operación reflexiva es, inevitablemente, el desdoblamiento del propio ser: "Hallaré la señal/ y la caída de los astros/ me probará la existencia de otros caminos/ y que cada movimiento engendra dos criaturas,/ una abatida y otra triunfante/(...)", dice la voz poética en "La lección".

### DOBLES Y PARES

El motivo de la dualidad recorre e inquieta toda la obra de Blanca Varela. "Cuál es la luz/ cuál la sombra", pregunta con lacónica ironía el yo en "Reja", de *Canto Villano* (1972-1978). Una reflexión afín se halla en un pasaje de *El libro de barro* (1993-1994): "Digo isla y pienso en mar. Digo mar y pienso en isla; Son lo mismo?" Un pacto vincula a los elementos y los torna indeliberables: en los dominios de la imaginación, la ley de la contigüidad es la que rige. El imán de la cercanía hace que los tér-



↑ Blanca Varela al lado de otro gran poeta peruano, Emilio Adolfo Westphalen.

minos no sólo se necesitan recíprocamente, sino que los roles sean —en cierto modo— intercambiables. En los lazos de parentesco, esa mudanza de posiciones cobra un sentido más desgarrado, más urgente. Así, la hija que apostrofa a la madre, sin rodeos ni falso pudor, en el extraordinario poema inicial de *Valses y otras falsas confesiones* (1964-1971) es también la madre que, con amarga ternura, se dirige a su hijo en "Casa de cuervos", de *Ejercicios materiales* (1978-1993).

La otra cara de la moneda de la identidad es el asombro que despierta el propio cuerpo: "Extrañeza de la propia mano, la que toco. La ajena mía. Eso existe. Zona inexplorada de la carne íntima. Otra tierra en la tierra. Eso en la soledad del cuerpo tendido en la noche", se lee en *El libro de barro*. La de Blanca Varela es, así, una poesía del re-conocimiento: no se orienta hacia un trasfondo metafísico o utópico, sino que redescubre esa otra "tierra en la tierra" en la cual se respira, se siente, se piensa y se sueña. Como otro gran

poeta de la generación del 50, Jorge Eduardo Eielson, o como César Vallejo en *Trilce*, Varela escribe de (y desde) la descarnada conciencia de un misterio: el de la existencia física, carnal. "Soy un simio, nada más que eso y trepo por esta gigantesca flor roja", declara la voz poética en "Primer baile", de *Ese puerto existe*. El ánimo es una criatura del animal. Se comprende entonces que *Ejercicios materiales* evoque en su título, con acusado contraste, los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio de Loyola, de un modo análogo a aquél en que *Noche oscura del cuerpo*, de Eielson, remite a la poesía mística de San Juan de la Cruz.

Radical y visceral, la experiencia de hallarse en el mundo es la que alimenta a la imaginación verbal: "Hay una rueda, hay algo que nos obliga a brincar, a buscar un sitio, a perderlo, a llamar "mi casa" al cubil y "mis hijos" a los piojos. Santa palabra", se lee en la sexta estancia de "Primer baile", de *Ese puerto existe*. El cuerpo que habita y es habitado se revela aquí femenino, aunque

ÓSCAR ROCA

en esa etapa temprana de la poesía de Varela el yo sea gramaticalmente masculino. Décadas más tarde, en "Casa de cuervos", hogar y maternidad se estrechan en la metáfora que apela al hijo y expresa el desamparo de la separación: "Así este amor/ uno sólo y el mismo con tantos nombres que a ninguno responde/ y tú mirándome/ como si no me conocieras/ marchándote/ como se va la luz del mundo/ sin promesas/ y otra vez este prado/ este prado de negro fuego abandonado/ otra vez esta casa vacía que es mi cuerpo/ adonde no has de volver".

### EL SILENCIO EXPRESIVO

Ni cívica ni sentimental, la poesía de Blanca Varela desdena la grandilocuencia: su estilo no es caudaloso. El emblema que ilustra a esta poética no es el río, sino la fuente. En el cauce del verso o del poema en prosa, así como cuando se condensa en el aforismo o se despliega en la interpelación, el lenguaje de Blanca Varela se distingue por la rica nitidez de su textura. "Vuelvo otra vez. Pregunto, / Tal vez ese silencio dice algo, / es una inmensa letra que nos nombra y contiene/ en su aire profundo", se lee en un poema de *Luz de vida* (1960-1963). La conjetura de la voz lírica señala una forma de entender el ejercicio y el sentido de la poesía. En efecto, la poeta no busca la proliferación, sino la concentración. Así, saber decir es aprender a no decir de más: "Nada suena mejor que el silencio/ nuestro desvelo es nuestro bosque", afirman dos versos de *El falso teclado* (2000), el último de sus poemarios. Libre de hojarasca, la poesía de Varela canta y se decanta. En ella, la inteligencia de la pasión y la pasión de la inteligencia tiemplan la materia de un lenguaje vibrante, que interroga y conmueve. Desde *Ese puerto existe* hasta *El falso teclado*, la travesía de Varela es, sin duda, una de las más fascinantes en la lírica de América Latina. ■

## El Dominical

Suplemento de ACTUALIDAD CULTURAL

Año 52, N° 448 domingo 7 de octubre del 2007

Editor: Alonso Rabí do Carmo

Edición, diseño y diagramación: Dirección de Publicaciones y Multimedia. Portada: Herman Schwarz / Archivo El Comercio. Impresión y distribución: Empresa Editora El Comercio, S.A.

Depósito legal 99-2609. Se distribuye gratuitamente cada domingo con El Comercio, sin cuyo permiso los contenidos no pueden ser reproducidos total ni parcialmente.

Redacción

Jr. Miró Quesada 300, Lima 1  
Telfs. 311 6500 (anexos 7113, 7114)  
Fax 311 6360

E-mail: eldominical@comercio.com.pe

Publicidad

Gerente comercial:  
Augusto Townsend  
Las Begonias 409, San Isidro  
Telfs. 311 6500 (anexo 3400)  
E-mail: atownsend@comercio.com.pe



# Viaje infinito

## Asedios a Blanca Varela

**Sigiloso desvelo.** La poesía de Blanca Varela es el título del ensayo de la filóloga española Olga Muñoz Carrasco que en los próximos días publicará el Fondo Editorial de la Universidad Católica. Se trata de un profundo estudio centrado en el desarrollo de una voz poética en permanente búsqueda y transformación. ▶ por **Carlos Eduardo Vargas Tagle**

Desde sus primeros sonetos publicados en *La Prensa* en 1946, con tan solo 20 años de edad, hasta *El falso teclado*, último poemario aparecido en 2001, la obra de Blanca Varela (Lima, 1926) supone un universo literario no solo sugestivo y misterioso, sino en muchos sentidos inabarcable. Pero el hecho de ser una obra de complejidad y belleza inusuales, que sigue despertando incertidumbre incluso entre las principales cátedras literarias hispánicas, no parece amainar ganas ni intentos: varias son ya las recientes aproximaciones a su diversa y desgarradora poesía.

Como parte de esa efervescencia crítica y literaria, la filóloga española Olga Muñoz Carrasco (Madrid, 1973) ha realizado un importante estudio que recorre los principales hitos de la poesía varelana: *Sigiloso desvelo. La poesía de Blanca Varela* será publicado próximamente por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Muñoz, quien realizó un doctorado en Filología en la Universidad Complutense de



▶ Su primer contacto con la obra de Varela fue un hecho fundamental, hoy convertido en libro.

Madrid, descubrió a Varela mientras estaba de paso por la Universidad de California, en Berkeley: "Cuando conocí su poesía, buscaba a una poeta que me interesara tanto como para dedicarle muchos años de investigación, pero también que me llenara como lectora y creadora". El primer encuentro entre estudiosa y poeta fue determinante: "Sus versos realmente me subyugaron. Hay algo en ellos profundamente relacionado conmigo, algo que me apela desde un lugar que desconozco", admite.

Aquella estrecha relación se siente en la obra de Muñoz. Sensible y cercana a la estructura poética que observa, discurre con naturalidad a través de ocho poemarios de Varela. Siempre el hilo conductor será el sujeto poético: "Desde el primer poemario, el lector es testigo del nacimiento de una poderosa voz lírica, y se ve impelido a rastrear sus apariciones, para después intentar dar coherencia a una silueta verbal que va descubriéndose fragmentaria, lúcida y cruel. La construcción de esa figura se convierte en uno de los procesos más complejos y persistentes. Mi libro es un intento por seguir muy de cerca al sujeto poético para comprobar cómo y cuándo la voz se forma, se transforma".

Pero no es solo una consoli-



HERMAN SCHWARZ / ARCHIVO EL COMERCIO



◀ Blanca Varela, "una poderosa voz lírica", según la española Olga Muñoz.

dación de la voz poética lo que se aprecia en la obra de Varela. Existe, además, una posterior evolución del yo a medida que se avanza en su literatura. El proceso de maduración adopta la forma de una marcha sin destino concreto. La analogía entre proceso creativo y viaje es inmediata, pues la lírica varelana es, ante todo, asumida como tal. El ejercicio de exploración de la obra no podía ser menos que equivalente al de creación: "No se trata tanto de un análisis académico de su obra — explica la filóloga—. Con este ensayo he pretendido hacer un viaje, puesto que la poesía de Varela resulta arriesgada, intensa y también, como los viajes, frustrante de vez en cuando".

La noción de viaje sin destino ("Esa podría ser mi poesía, un riesgoso viaje a ninguna parte, para volver y empezar otra vez y otra vez", comentaría la propia Varela en alguna ocasión) no es, lejos de lo que podría esperarse, rasgo de una identidad desconcertada. Al contrario, su voz poética goza de una lucidez impresionante. Y esa lucidez proviene de un perpetuo cues-

tionamiento de la realidad y de los elementos compositivos del discurso poético. Precisamente así se lo diría Varela al crítico español Rafael Vargas: "Creo que comencé a escribir para ver si 'alguien' contestaba mis más secretas y obsesivas preguntas (...). No tuve más remedio que aprender a contestarme yo misma".

Con la inmersión en los versos de Varela, el lector se sume en un proceso de indagación planteado desde el principio: "Hay un continuo escrutinio de la realidad, una perseverancia en el cuestionamiento que no desaparece, que persiste hasta el final", comenta la española. Viaje y búsqueda —al fin y al cabo, poesía— son comprendidos como un río de turbulento recorrido. Su desembocadura, de acuerdo con Muñoz, toma finalmente la forma de un delta. Pero sabe que las palabras de Varela van más allá: siempre remiten a ese eterno acueducto que es la literatura. Después de todo, comentará la estudiosa, "Nunca estamos ante una poesía resignada; nos situamos frente a una creación insurrecta hasta el final". ■

## LA POESÍA EN EL AVISPERO

Edgar O'Hara

Tiene más de avispero la casa / poéticas de Blanca Varela  
Ediciones Universidad de Salamanca. Salamanca, 2007

Blanca Varela, por la alerta del ojo crítico y las evaluaciones literarias contemporáneas, va asumiendo cada vez con mayor intensidad la estatura que le corresponde en la poesía en lengua española. Su moderación y reserva personales, ajena al relumbrón mundano, sin embargo, la ha llevado a trabajar casi en silencio, fuera de la estridencia mediática. Por eso resulta valioso este nuevo y atinado libro de Edgar O'Hara. Tiene más de avispero la casa, que contiene diez ensayos y artículos críticos sobre su obra poética, donde se desgana con sapiencia y perspectiva zahir las claves ocultas de su poesía, apelando al método comparativo y con una desusada erudición en varias

fue la presencia del mar en Paracas, eso me gustaba. Era un hermoso día, gran soledad, toda la naturaleza para mí. El mar, la proximidad al fondo del mar, ¿no? Porque estaba sentada en una especie de muelle que avanza hacia el mar y veía las piedras del fondo, los animales y cosas por el estilo".

Ambos poetas conversan también sobre las vicisitudes del oficio. Blanca llega a decir: "Yo no soy una persona que haya estudiado cómo hacer su poesía ni que ha reflexionado, pero indudablemente ya tengo una visión de lo que quiero (...) Una vez que el poema está en el papel, sé perfectamente qué es lo que sobra y aquello que falta". Más adelan-

te, y hablando de la poesía del argentino Juan Gelman, la poeta señala: "Me gusta mucho su poesía, una poesía muy despojada. Yo estoy (...) por la poesía cada vez más esencial, la que tiene menos adornos y recurre menos a la imagen".

En la notable entrevista, Blanca da pistas de cómo aborda su trabajo poético: "Yo no tengo una manera regular de trabajar —confiesa—, no soy una persona que se sienta a la mesa a trabajar. No tengo tiempo físico a veces, no tengo tiempo

mental en otros momentos, estoy cansada. Pero hago notas y las enfermedades o las gripes, para mí, son maravillosas. Cada tanto tengo una gripe o tengo un malestar y tengo que quedarme un par de días en cama, o guardada... Y ese día leo mucho y escribo mucho". Finalmente, proporciona una confidencia deliciosa: "¿Tú sabes que escribí la mayoría de mis poemas —Canto villano, por ejemplo— dentro de un clóset? Era un clóset pequeño con una ventanita por la que podía respirar. Y tenía una mesita como esta en la que estamos sentados ahora. Puse mi máquina y escribí allí para que mis hijos no me perturbaran". Inimaginable. El libro trae, además, un dossier gráfico de esplendentes fotografías de Varela en su casa de Barranco, hoy lamentablemente desaparecida, a cargo de Herman Schwarz, y otros documentos de valor singular.

[Enrique Sánchez Hernani]

